



CAPITULO II

DIARIO DE TEODORO (1)

I

He vuelto á mi ciudad natal lleno de alegría. Sólo quien ha pasado largo tiempo en el exterior, puede comprender el inmenso júbilo que llena el corazón de un desterrado al verse restituido á su hogar y á su patria. Mis temores de no tornar á ver á mis padres y de ser sepultado en tierra extranjera, han sido compensados por una dicha inmensa al respirar los ai-

(1) Hemos suprimido de propósito, para no repetir la narración de unos mismos hechos, varios de los pasajes de este diario referentes á sucesos que ya conoce el lector por las cartas de Ester.

res de México y al estrechar entre mis brazos á los nobles ancianos que me dieron el sér.

Nunca olvidaré la impresión que recibí cuando, ya en la estación, asomé la cabeza por la ventanilla del carro y ví en el andén un grupo numeroso de parientes y amigos que me esperaban, encabezados por mis padres. El primero á quien abracé fué á mi padre. Vino á buscarme hasta el pullman, y me ayudó á bajar mis maletas. Le hallé fuerte y vigoroso; tal vez más fuerte y vigoroso que cuando le dejé. Mi buena madre me esperaba al pie del estribo, y tan luego como bajé, me recibió en sus brazos sollozando y besándome. Y todo fué salutations, abrazos, apretones de mano y frases cariñosas cambiadas con los circunstantes.

Recibí una sorpresa muy grata al ver á la hija del finado doctor Linares. Ya en sus cartas me habían hablado padre y madre de esta joven, ponderándome con calor sus excelencias morales y las gracias de su persona. Así es que sentía positiva curiosidad por conocerla, teniendo por evidente que los elogios á que me refiero, habrían de parecerme hiperbólicos. Pero noto que no ha habido exageración en ellos, por lo menos en cuanto atañe á la parte física de Ester. Acabo de hacer un viaje dilatado, y he conocido mujeres de casi

todos los países de Europa y de América. Soy, además, afecto al género, y tengo ojo de perito. Dados esos antecedentes, es preciso convenir en que la belleza de Ester es de buena cepa, porque me ha parecido la más acababa que he visto en mi vida. Es alta, esbelta y de andar gracioso. Su cutis es tan blanco como las azucenas, y lleva en las mejillas el color de las rosas. Tiene el pelo rubio como los rayos del sol, y los ojos, grandes, pensativos y azules como el cielo. Sus dientes parecen de nácar, y forman contraste con la rojez de sus labios finos y sonrientes. Todos los detalles de su cuerpo son igualmente perfectos. La mayor parte de las mujeres hermosas son incompletas: tienen unas cosas bellas y otras feas: buenos ojos y fea boca; buen color y facciones incorrectas; cara angelical y cuerpo deforme; talle airoso y pies bastos; ó manos como sarmientos, ó dedos chatos, ó uñas pequeñas y vulgares, ó no falta qué lunar ó qué deficiencia. Ester no adolece de ninguna de esas incorrecciones. Mientras más la analizo, la hallo más encantadora. De los pies á la cabeza es una hermosura; en su conjunto y en sus detalles es primorosa; ha sido hecha con amor por esa gran artista llamada la naturaleza. Y para que nada falte á sus hechizos, está animado el conjunto de su beldad por una

gracia sin igual, por una armonía de movimientos tan rítmica, por un atractivo tan invencible, que parece mentira que en esta ciudad, y en este país, y en este continente, y en este mundo, exista criatura tan maravillosa.

Se me olvidaba un detalle esencial: la voz. ¡Qué voz la suya! Nunca había oído un acento como ese, dulce, canoro, tierno, apasionado; llegan sus ecos al corazón y hacen despertar el ensueño que palpita en el fondo del espíritu.

A pesar mío, y aunque no soy novicio en asuntos femeniles, porque tengo en ellos una dulce experiencia, me siento dominado por la timidez y por la emoción cuando me hallo en presencia de Ester. Parezco un colegial y tengo aprensiones de hacer ante ella una figura ridícula. Pero ¡qué remedio! Cuando me dirige la palabra ó clava en mí los ojos rasgados y tristes, me ruborizo, comienzo á titubear y se me van las ideas.

Entretanto, no debo perder de vista mis grandes propósitos. No en balde he asistido á la práctica de los mejores hospitales de París, Viena y Berlín, y he traído un rico surtido de libros de medicina y de instrumentos quirúrgicos. Necesito trabajar para abrimme paso en la vida, y para demostrar que no he perdido el tiempo en mis viajes, y que algo vale ver otros ho-

rizontes que los del terruño. Mi ambición es no sólo la de formarme una posición honorable por mi trabajo y por mi consagración al estudio, sino avanzar en cuanto lo permita mi pequeñez, los dolores de la humanidad doliente, y contribuir al progreso de la ciencia, en este rincón del mundo.

Dios mediante, todo lo he de lograr, á fuerza de trabajo y de perseverancia.

II

Observo que Ester me interesa más de lo que creía. Me figuré que la miraba con ojos de dilettante, y resulta que la voy viendo con ojos de enamorado. Pero antes de entregarme á este impulso de mi corazón, debo pensarlo bien, para no echarme ligas que me impidan marchar, ó para no lastimar los sentimientos de esa joven, que debe ser sagrada para mí.

Desde que llegué á esta ciudad, he sido objeto de calurosas atenciones por parte de familias principales, amigas de mis padres. He recibido obsequios y agasajos, y concurro frecuentemente á comidas y reuniones.

Prescindiendo de toda fatuidad, creo que podría hacer un matrimonio brillante, y elegir esposa entre las más hermosas

herederas de esta población. No me permitiré confiar ni siquiera á este papel, los nombres de las jóvenes que parecen dispuestas á recibir con agrado mis rendidos homenajes; pero podría hacerlo. Conozco que me sería dable, mediante un matrimonio de este género, conquistar esposa, elevada posición y gran fortuna de un solo golpe. Así podría consagrarme á la ciencia con descanso, sin verme distraído de su culto por el aguijón de las odiosas necesidades de la vida; y adelantaría mucho en saber, y podría, quizás, hacer algún bien en el mundo.

Pero de estos pensamientos me aparta la imagen de Ester, huérfana, pobre, y sin más posición que la que le han dado mis padres. Unido á ella, me veré obligado á luchar rudamente con la vida, tal vez no lograré salir de la obscuridad; y el trabajo encaminado á la conquista del pan cotidiano, no me permitirá profundizar esta ciencia de la vida, del dolor y de la muerte, á la que me he consagrado, y que me inspira tanto interés. Pero Ester es única; vale más que todas las otras mujeres juntas; habla á mi corazón como ninguna. Y siento que en medio de mi hogar, llenará de dicha todos los rincones de mi ser y hará de mi vida una fiesta, una alegría y una victoria constantes.

Mas no debo proceder con ligereza; ne-

cesito reflexionar antes de tomar algún partido, para no tener que arrepentirme después. Ya me decida por la riqueza y el bienestar, ó por el amor y la pobreza, he de hacerlo con los ojos bien abiertos.

III

Me vuelvo todo confusiones: ó Ester es la mujer más perfecta que Dios ha formado, ó estoy loco de remate. Nunca hubiera creído hallar en el mundo una criatura como ella, y me habría reído de quien me hubiese asegurado que existía en carne y hueso. Pero lo estoy viendo con mis propios ojos.

A más de hermosísima, es divinamente espiritual y tiene un gran corazón. Su talento es tan claro, perspicaz y profundo, como el de cualquier gran doctor ó escritor célebre; con la diferencia de que va envuelto en suave modestia y en timidez encantadora. No hay nada más detestable que las mujeres pedantes. Si Ester lo fuese, me parecería atroz, á pesar de sus encantos. Por fortuna no lo es. No dice palabras retumbantes, ni se mete en camisas de once varas, ni habla "ex-cathedra," como las bachilleras lo acostumbra; antes se empeña en ocultar el esplendor de sus ideas, como sonrojada; emplea palabras sencillas en la conversación,

ya nunca da su parecer sobre cosa alguna, sino cuando es interrogada. Y es tan natural su moderación, que tengo para mí que ella misma se cree una tontucla y una ignorante. Así resulta su mérito realzado. El otro día, ví por acaso una carta suya escrita á mi padre cuando se trataba de su venida á nuestra casa, y quedé verdaderamente asombrado de la solidez de su juicio y de la belleza de su lenguaje: podría imprimirse como buen modelo de correspondencia epistolar.

Su corazón es tan sencillo y bueno como el de un ángel: tierno y cariñoso, compasivo y dulce. Me encanta su afición á los niños y á los pobres. Siguiendo la costumbre de mi madre, á quien ayuda en las faenas domésticas, consagra todo el día del sábado á los menesterosos que acuden á nuestras puertas al olor de su piedad. Tiene para todos monedas, sonrisas y dádivas. No contenta con remediar sus necesidades físicas, remedia también sus necesidades morales, y les muestra tanto cariño, tanta consideración y tanto interés, que ponen al verla una cara radiante. No es menos expresiva con los niños. Todos le gustan, para todos tiene caricias. Admira la belleza de los querubincitos blancos, rollizos y de cabellera ensortijada que andan en brazos de niñeras elegantes, engalanadas con finos y blancos delanta-

les y cofias tan albas y vaporosas como la espuma; y tiene también complacencia y dulzura par los niños pálidos, enclenques y envueltos en harapos, que andan en brazos de las mendigas que piden pan á la puerta de las casas. Varias veces la he sorprendido lavando y peinando á esos pequeños desgraciados, á quienes, envueltos en lienzos finos y limpios, y después de haberles besado con efusión las marchitas mejillas, devuelve á las madres desgredadas y encorvadas bajo el peso de la miseria.

Otro de los rasgos característicos de Ester, es su actividad incansable. Arregla la casa, nos prepara guisos y conservas de gusto exquisito, ayuda á mi madre á coser y zurcir la ropa blanca, y lee libros y periódicos. Y le sobra atención todavía para consagrarla á cada uno de nosotros, como si fuese el objeto único de su interés. No sé cómo tiene tiempo para todo. A paso precipitado se le oye cruzar por la casa. Habla con la cocinera, con la doncella, con el jardinero: á todos les da instrucciones, con todos se entiende y es obedecida y querida por todos. Se cuela en nuestras recámaras quién sabe á qué horas, y las arregla con tal arte y gracia, que, como dice mi madre, parecen unos relicarios. Desde que estoy aquí, no he dejado de encontrar un sólo día en mi re-

cibidor, flores nuevas y perfumadas. Lo mismo hace en los cuartos de mis padres y de Gabriel, sin contar la sala, cuyos floreros están siempre henchidos de ellas. Es el alma de la casa; la llena toda, la embellece y la alegra.

Asombrado de lo que veo, suelo preguntarme si las perfecciones de Ester serán reales, ó imaginadas, porque me parecen demasiado grandes para verdaderas. Sé bien que cuando una persona está bajo el encanto de otra, todo lo halla hermoso y excelente en ella; de tal modo que hasta los mismos defectos del ser querido, le parecen gracias y recomendaciones. ¿Me estará sucediendo eso por ventura? Si Ester tiene imperfecciones y lunares, yo no los veo. Esto es grave, porque, si no distingo en ella más que maravillas, es porque me tienen ciego sus atractivos. Acaso, sin saberlo, mi espíritu haya zanjado la dificultad de la situación eligiendo por su propia cuenta.

IV

He vencido la tentación que me había asaltado de hacer un matrimonio de conveniencia. Una ambición egoísta y poco elevada, de aquellas que da pena confesarse á uno mismo, me había hecho de-

tenerme á considerar las ventajas que me proporcionaría un enlace con joven rica y aristocrática; pero es inútil pensar en musarañas cuando el corazón ya no nos pertenece.

Estoy resuelto á dejarme llevar por mis impulsos sentimentales. Consagraré á la joven adorable que la suerte ha colocado en mi camino, todo mi pensamiento y todo mi corazón. Cuando pienso que pudiera enlazarme á cualquiera otra que no fuese ella, y elevarme á una grande altura por el esplendor de mi vida, unido á quien no fuese Ester, siento que se me oprime el corazón, nubla mis ojos la tristeza y todo lo veo descolorido é insignificante en mi torno. No habría triunfos, riqueza ni alhago capaces de llenar el hondo vacío que se formara en mi alma, ausente de esa mujer que reúne á mis ojos toda la belleza y toda la gracia con que Dios puede dotar á una criatura. Adquirir una fortuna deslumbrante sin realizar los votos más ardientes de la juventud, que va en pos de la belleza, del ideal y del amor, sería malograr la vida. No cabría en estado tan doloroso, para calmar el ansia de belleza y de dicha que siente el corazón, más que tomar á manos llenas los tesoros adquiridos por la hipocresía y por el engaño, y derramarlos por el mundo en insensatas correrías tras bellezas y amores mer-

cenarios. Esas compensaciones del vacío del hogar, serían bajas y miserables, porque lo es en sumo grado mentir afecto á una mujer que confía en la lealtad del que cree caballero, y engañarla, y llevarla al altar sólo por codicia, y una vez en posesión de sus riquezas, comprar otros amores con su mismo dinero. Siempre sentí profundo desprecio hacia esos mercaderes del amor, que se casan con ricas herederas, sólo por gozar su fortuna, y la malgastan en infidelidades y adulterios. Me parece tan villano, como herir el corazón de un amigo que tuviese los brazos abiertos para recibir en ellos á otro amigo. Pero cuando me figuro enlazado con Ester, y tenerla á mi lado y verla sentada en mi hogar como una reina, siento el alma llena de alegría, miro la vida como una brillante apoteosis, y me parece que nadie puede ser tan dichoso como yo. ¿Qué vale todo lo demás comparado con la inmensa dulzura de esta felicidad inefable? Los triunfos, la riqueza, la misma gloria son dichas convencionales é imaginadas, que no penetran profundamente en el corazón; sólo el amor correspondido, la armonía de dos espíritus, la entrega cariñosa de dos existencias, la una en brazos de la otra producen esas delicias incomparables que penetran hasta los senos más ocultos del alma, llenándola de luz y de júbilo. Es la

verdadera, la grande, la única felicidad que Dios reserva al hombre en este mundo triste y cruel.

¡Afuera los insensatos proyectos que alimenté durante mi viaje! ¡Bendito el camino ignorado, pero místico y hermoso, de los humildes que se contentan con la inefable dicha de la familia! ¿Qué título tengo para quererme elevar sobre los otros? ¿Por qué no he de contentarme con el modo de ser y con el destino de los demás? ¿Estoy seguro de valer más que ellos? ¿No será que la soberbia me ciega y me haga creer que tengo un mérito de que carezco? Pasaré, inadvertido por el mundo, no dejaré en pos de mí rastro que me recuerde á la posterioridad; pero habré llevado una vida pura y dichosa en medio de las dulzuras y de los éxtasis del cariño. Las mejores existencias son aquellas que no merecen ser historiadas. El que se casa con la mujer que ama, vive honrado en la paz del hogar, y muere cargado de años, libre de remordimientos y rodeado de bendiciones, no da asunto para dramas ni para narraciones románticas. El héroe de novela lleva una existencia borrascosa, halla ó se cria obstáculos en su carrera, y llega pocas veces á la posesión de la dicha. El drama ó la tragedia, que son la desgracia transitoria ó final, salen al paso de las almas aventureras; las

despojan de la aureola luminosa y de la vestidura blanca; y coronadas de rosas ó de espinas, las entregan al tormento ó las echan á rodar por el abismo.

Una vez tomado este partido, siento aliviado el corazón de un gran peso; todo lo veo llano y fácil. Nada me intimida; el porvenir se me presenta como un arco triunfal por donde voy á entrar con la elegida de mi corazón. No ceso de llevar en el pensamiento, en el corazón y en los labios este nombre dulcísimo: Ester. Al pronunciarlo me acuerdo de aquella hebrea sin par, esposa del rey Asuero, que, en concurso con las vírgenes más seductoras de Persia, se ganó la palma de la hermosura y cautivó el corazón del monarca oriental. Me figuro ver á la joven israelita de cabellera tan negra como el ébano, de piel tan suave como los pétalos de las rosas y de ojos de mirar tan dulce como el de las gacelas, pedir gracia postrada á los pies de su esposo y señor; y á Asuero recio, trigüeño y de luenga barba, descender del trono, levantarla del suelo y otorgarle cuanto le pedía. Sin ser yo rey, ni esclava mía esta otra Ester, de quien, por el contrario, soy esclavo, comprendo la blandura de aquel monarca; porque si la mía me pidiese la vida, que es todo lo que tengo, gustoso la dejara á sus pies como tributo de adoración.

V

Por más modesto que sea, y por más pobre idea que tenga de mi persona, debo confesar que mis primeras manifestaciones de afecto y simpatía hacia Ester, han recibido una acogida benévola. Dado el carácter de la joven, que es leal y sencillo, no puedo ni debo interpretar de otra suerte las atenciones y finezas con que me distingue. Abro, pues, el corazón á la esperanza, y aguardo que en pos de ella, entre la dicha á coronar mis ilusiones.

Hay un punto obscuro en mi situación: mi hermano Gabriel. Me sorprendió dolorosamente con su palidez y su extenuación desde que le ví; pero nunca me imaginé que el estado de su salud fuese tan malo como he podido comprobarlo posteriormente. Por disposición paterna le examiné ayer con grande atención, y quedé espantado. Tiene una anemia profunda, funcionan mal sus pulmones y hay soplos sospechosos en su corazón. Ese pobre órgano de mi hermano tiene que trabajar reciamente, porque está obligado á proveer de sangre á todo el organismo, y como es tan escasa y pobre, se ve en la necesidad de bombearla constantemente para hacerla llegar á todas partes. Los médicos del lugar tienen la esperanza de que sea favora-

ble la última evolución del organismo de mi hermano, que acabará de efectuarse dentro de poco, al llegar á los veintiun años. También mi padre se forja esa ilusión. Yo veo este punto muy oscuro. Temo que el pobre Gabriel, si no sucumbe, quede condenado á arrastrar una vida penosa y miserable. No he querido hablar con franqueza á mis padres, por no affigirlos, y deseó ardientemente equivocarme en el diagnóstico y en el pronóstico de la enfermedad. Mis padres le quieren con marcada preferencia; es su predilecto. Yo no lo llevo á mal, porque conozco bien el motivo de esa preferencia. La misma desdicha de mi hermano arranca mayor cariño al corazón de mis padres. Es un sentimiento muy natural de su parte. Dice Lacordaire que no hay estado alguno que asemeje más al hombre con su creador, que el de la paternidad. Porque los padres velan por los hijos á toda hora, los alimentan, los visten, y los salvan de las necesidades y de los riesgos, sin más placer ni más recompensa que los de beneficiarlos y quererlos; y los cuidan y los quieren más, á medida que más sufren y son más desventurados.

Así vino Jesús á padecer por los pecadores, que son los infelices, y tuvo para los pobres y para los humildes más cariño y dulzura que para los potentados y

soberbios. No es, pues, extraño que los padres prefieran á sus hijos infelices sobre los dichosos. Si no lo hicieran así ¿quién habría de desvelarse por ellos? ¿quién les tendría caridad? ¿quién enjugaría sus lágrimas? No hay para mí espectáculo más tie no que el de esas pobres madres que no se separan del lecho de sus hijos paralíticos, que se consagran á perpétua clausura en compañía de sus hijos enajenados, ó se apartan del trato social para entregarse al sublime placer de cuidar á sus hijos leprosos y cubiertos de llagas.

Bien hacen, pues, mis padres, en querer á Gabriel más que á mí, porque él necesita más que yo de sus finezas; porque él sufre y yo no, porque él es desgraciado y yo soy dichoso.

Lo que no alcanzo á explicarme es esa especie de reserva sombría con que me mira mi hermano. En vez de observar la conducta franca y abierta que sería natural, muéstrase taciturno y huraño para mí. Sólo el día de mi llegada estuvo alegre y expansivo. De entonces acá, ha ido sumiéndose gradualmente en un mutismo cada día más acentuado. No puedo conversar con él; me contesta por monosílabos, y me corta de tal modo su hosca actitud, que pronto se me acaban los asuntos que quiero comunicarle. Sus padeci-

mientos le hacen sagrado. Cuando le acometen los ataques de asma, que no son más que un síntoma de su padecimiento general, casi me vuelvo loco. Me contrista profundamente ver á Gabriel y á mis padres confundidos en un sólo grito sollozante y doloroso. A costa de cualquier sacrificio quisiera remediar esta desdicha para que todos en esta casa riésemos y estuviésemos satisfechos. A no ser por los padecimientos de Gabriel, no habría nube que empañase el cielo de nuestra alegría.

¿No tendrán la melancolía y el retraimiento de mi hermano, más causa que sus padecimientos físicos?

VI

Me parece que comienzo á encontrar la clave de la taciturnidad de Gabriel. Una sospecha cruel ha herido mi corazón. ¿Estará él también prendado de Ester?

Ayer, hallándome en su alcoba y procurando distraerle de algún modo, le hice mis primeras confidencias.

—Hermano, le dije, ¿qué opinas de Ester?

Me miró sobresaltado y repuso:

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada, porque quiero que hablemos de ella unos momentos.

—Como quieras.

—Deseaba comunicarte que, pareciéndome una joven cumplida desde todos puntos de vista, he pensado cortejarla.

Nada dijo. Volvió los ojos á otra parte esquivando los míos, y me pareció que respiraba anhelosamente. Aguardé un rato; pero como no salía de su silencio, volví á decirle:

—¿Qué te parece mi elección?

—Excelente, contestó conmovido y con visible esfuerzo; no podías haberla hecho mejor.

Pasaron otros momentos. Parecía que luchaba por expresar alguna idea; pero no se atrevía. Esperé. Al fin articuló:

—¿Y ella?

—¿Ester?

—Sí. ¿Cómo te recibe?

—No sé á punto fijo qué decirte. Es atenta y fina conmigo, á veces me forjo ilusiones; mas puede suceder que su conducta sea fruto sólo de su bondad, que es muy grande.

Hubo otra pausa.

—No, volvió á decir Gabriel con una entonación que me pareció amarga, no deben ser ilusiones. Eres guapo, inteligente; tienes un título, has viajado, vistes con elegancia. Eres dichoso; no es posible que no te quiera.

Me extrañó su palabra dura y agresiva,

y le dije suavemente, aunque con reproche:

—¿Hablas seriamente, hermano?

—Sí, repuso, ¿por qué lo dudas?

—Me pareció que te bromeabas.

—No acostumbro gastar bromas, contestó secamente.

Y luego añadió sin mirarme:

—Hay también otro síntoma para creer que triunfarás en la empresa, y es que Ester no hace aprecio de nada desde que viniste. Antes me acompañaba horas enteras, me leía, me distraía cuanto le era dable... Ahora apenas la veo.

—Ella se queja de que tú no le hablas, y de que eres otro para ella.

—En ese caso los dos nos quejamos.

Y no volvió á decir más. Por mi parte, no tuve tampoco deseo de hablara ya, ni hallé qué decirle. Me abstraí haciendo mil consideraciones acerca de lo que todo aquello podría significar. ¿No me querría mi hermano? ¿Estaría su corazón lleno para mí de odio y de rencor? Pero ¿por qué? Por más que buscaba en los escondrijos de la memoria el recuerdo de alguna causa que hubiera podido crear en él aquella mala voluntad, no la encontraba. Desde niños nos acostumbraron nuestros padres á contemplarnos; y yo en particular, como hermano mayor, siempre le vi con vivo cariño, y le protegí y le defendí

cuato me fué dable conta toda agresión, en el colegio y donde quiera que estuvimos juntos.

Otra sospecha cruzó por mi mente. ¿Sería envidioso? ¿Estaría irritado por mi salud, por mis viajes, por mi profesión y por la fortuna con que he caminado hasta aquí, por la misericordia de Dios? Pronto arrojé de mí con indignación aquella idea detestable. No, mi buen hermano, Gabriel, mi compañero de infancia, el hijo sumiso que había recibido de mis padres, lo mismo que yo, tan saludables consejos y ejemplos tan santos, no era capaz de caer en aquella vileza. La envidia es la pasión más baja y degradante del corazón humano, y sólo cabe en espíritus miserables.

En ese caso, para explicar la actitud reservada y casi hostil de Gabriel, no me quedaba más que volver los ojos á Ester y considerarla como la causa de su resfrió. ¿Estaría celoso? ¿Me consideraría como su rival? La idea me afectó profundamente. Y bajo esta impresión dolorosa, tuve un instante la visión profética y sombría de graves penas y amarguras con motivo de ese conflicto. Y rogué á Dios con todas las veras de mi alma que no saliesen fundadas mis sospechas, y que apartara de nosotros el cáliz de aquella horrible lucha por la posesión de una mujer.

VII

La conducta de mi amada se había hecho inexplicable los días últimos. En vez de franca y natural como al principio, Ester se había tornado huraña y casi desdenosa. Mil incidentes en apariencia pequeños, pero de una alta significación para un corazón enamorado, me habían hecho temer que mis sentimientos no fuesen compartidos por ella; y, no pudiendo soportar por más tiempo una situación violenta, me resolví á provocar una explicación definitiva. Acabo de tenerla de sobremesa, en un momento en que mis padres nos dejaron solos. No sé si habré sido hábil en la forma de hacer mi declaración; pero rebosaba mi amor de tal modo, que, sin poderlo remediar, estallé en el momento menos pensado. Pretendió huir al principio del diálogo, pero la detuve por la mano, y la obligué á oírme. No quiso contestar categóricamente. Me ha exigido, como requisito previo, que recabe el consentimiento de mis padres para mi proyecto amoroso. En vano supliqué é insté para que revocase su resolución; no he podido vencer su resistencia, y me he visto obligado á ceder.

A decir verdad, hallo inútiles tantas precauciones. Aunque no he llegado á ha-

blar categóricamente con mis padres sobre el particular, sé que aprueban mi elección; y todavía más, creo que la han impulsado. Bien han visto el vivo interés que Ester me ha inspirado, han presenciado las escenas deliciosamente pueriles de mis primeras emociones y han leído en mis ojos con claridad mi naciente amor hacia ella; y en vez de detenerme en el camino, ó de hacer cualquiera objeción á mi conducta, han gastado bromas cariñosas y benévolas con Ester y conmigo, poniéndonos á ambos en frecuentes y dulces conflictos.

Con todo, para cumplir lo ofrecido, acabo de pedirles su consentimiento para tratar con Ester seriamente el asunto de nuestro enlace. Con el mayor regocijo me lo han concedido. Todo lo sabían, todo se lo habían revelado mis acciones, y estaban muy contentos de mi elección. Quieren á Ester con muy honda ternura, y dicen estar seguros de que vamos á ser muy dichosos.

Ahora falta únicamente saber de los labios de ella si me quiere, si admite el corazón que le ofrezco.

VIII

Dos sentimientos contrarios se han apoderado de mi corazón: el de una in-

mensa dicha, y el de una tristeza profunda.

La dicha viene de que Ester me ama. Ayer me lo dijo. Después que mis padres conferenciaron con ella y le dieron á conocer cuánto la quieren y cuán satisfechos están de mi elección, no pudo ya defenderse. Nuestra entrevista fué breve y encantadora. Me dijo que á todos los de esta casa nos quería mucho, y á mí más que á todos. Solamente las mujeres conocen el secreto de pronunciar frases tan breves, tan sencillas y tan llenas de sentido. Sus palabras llegaron hasta el fondo de mi corazón y me convirtieron de un golpe en el hombre más feliz de la ciudad, del Estado, de toda la República. Me quedé extático. Desde ese momento y durante todo nuestro diálogo, apenas supe lo que hice ni lo que dije. Me parecía que soñaba, como si tanta dicha no cupiera en mí, y no fuera digno de ella.

¡Qué joven tan hermosa, qué mujer tan admirable, qué alma tan buena! Vale por sí sola más que todos los triunfos, que todas las glorias, que el mundo entero. Me siento tan satisfecho con su corazón, que no quiero más ni deseo ya nada, sino que Dios me permita llevarla pronto al altar, y tener á su lado una vida oculta, tranquila é iluminada por el sol resplandeciente de su amor.

Por desgracia mi hermano ha tenido un acceso de asfixia en cuanto ha sabido lo que ha pasado. Madre le llevó á nuestro lado para que nos felicitase, y á nuestra vista, después de haber pretendido decirnos gratas palabras y de haber acabado prorrumpiendo en amargas quejas, ha caído en tal angustia y sofocación, que mi padre y yo hemos temido seriamente por su vida, y nos hemos visto obligados á llamar á dos colegas para que nos auxiliasen á conjurar la crisis. Con gran esfuerzo hemos logrado combatirla; pero el estado del paciente se hace más serio á cada momento.

Es una nueva demostración de que mis sospechas no son infundadas.

¡Qué desgracia! No poder gozar la inmensa felicidad de estos momentos, sin la amargura de saber que mi dicha lastima y hiere el corazón de mi propio hermano.

IX

La incógnita está despejada. Mis padres y los médicos no ignoran ya la funesta inclinación de Gabriel hacia Ester. Atacado por la fiebre de un reumatismo agudo relacionado con sus padecimientos cardiacos, ha pronunciado en su delirio palabras que han traicionado sus sentimientos. Se-